

dentro del fuerte, ni las vociferaciones de los indios, amagando á los españoles y dirigiéndoles palabras ofensivas é injuriosas, y prometiéndoles que al acabar el descanso y la comida arremeterían hasta acabar con ellos y con sus hijos, para que éstos no los oprimieran después, y que solo se reservarían á las mujeres de los españoles para tenerlas como esposas y concubinas, amenazas que necesariamente afligían y alarmaban en extremo á las referidas mujeres.



## CAPITULO XXI.

(1541.)

Ordena Oñate atacar á los indios fuera de la fortaleza.—Carga de caballería sobre dichos indios.—El Bachiller Estrada predica y anima á los soldados españoles.—Muerte de Francisco Orozco.—El gobernador Oñate emprende un vigoroso ataque.—Horrible matanza en los indios.—Desaliento y retirada de éstos.—Ultimo esfuerzo de una partida de caxcanes.—Sucesos subsecuentes á esta batalla.—Crueldad de los vencedores con los prisioneros.—El Apóstol Santiago pelea en favor de los españoles.

Viendo Oñate que los enemigos estaban entregados al descanso, quizo aprovechar esta tregua para atacarlos fuera de trincheras; y temiendo que si dejaba pasar más tiempo, podían cobrar nuevo brio con el reposo, procedió luego á organizar tres grupos de caballería de á diez hombres cada uno. Esta determinación pareció á varios oficiales y soldados, muy inoportuna y contraproducente resistiéndose á ejecutarla, pero Oñate les echó en cara su falta de valor y les dijo que abandonarían el fuerte á merced del enemigo, si no se resolvían á obedecerle y á secundarle en su pensamiento. Avergonzados con esta manifestación ó con este reproche, echaron mano á las armas y ofrecieron á Oñate obedecer sus órdenes.

Mandó, pues, al capitán Moncibais que poniéndose á la cabeza de dichos grupos cargara sobre el enemigo, saliendo violentamente por una puerta y entrando por la otra; pero procurando al mismo tiempo en esta escaramuza, ganar algún terreno.

El P. Tello refiere que antes de que se practicara esta maniobra, el Br. Estrada predicó á los soldados, animándolos con una segura victoria, por haber sido aquel día la víspera de San Miguel, cuyo santo patrocinaría la causa de los españoles. Ni Mota Padilla, ni Bustamante, ni Frejes hacen refe-



rencia de esta circunstancia. Como quiera que sea, considérese tan arriesgada la salida, que los soldados comprometidos en ella creyeron segura su derrota ó su muerte, y por lo mismo, antes de salir de la fortaleza se despidieron de las esposas, hijos y camaradas.

Una descarga de cañón y el marcial sonido de los tambores y trompetas anunciaron á los indios que los españoles habían tomado una actitud ofensiva.

Púsose en movimiento el campo enemigo y el capitán Moncibais salió con los primeros diez de caballería acometiendo á los indios, y así alternativamente unos tras otros los trozos de caballería circundaban el fuerte á galope, derribando á lanzadas muchos enemigos, entre tanto que la infantería iba apoderándose de las boca-calles inmediatas.

En una de estas escaramuzas, un español llamado Francisco Orozco cayó al suelo á causa de haber tropezado en una viga el caballo que montaba, y así caído le dieron muerte los indios, destrozando su cuerpo completamente. Cuando Oñate y los demás supieron esta desgracia, la lamentaron de todo corazón, pues Orozco disfrutaba de generales simpatías entre sus compañeros.

Este acontecimiento produjo mucha indignación en los españoles, lo que sin duda influyó bastante para hacer que éstos se lanzaran con ciego arrojo sobre los indios. El gobernador en persona encabezó el ataque, haciendo que la caballería arremetiera á la compacta masa del enemigo para alejarlo de la ciudad, lo cual se consiguió después de un reñidísimo combate, á pesar de que los indios lograban rehacer sus columnas, oponiendo una tenáz y vigorosa resistencia que acabó por debilitarse y por decidir el éxito del combate, cuando la infantería acometió también con intrepidez apoyando á la gente de á caballo y haciendo una horrible matanza en el numeroso, pero fatigado ejército de *Tenamastle*.

Viéndose los indios acometidos tan reciamente y sin poder ya restablecer la disciplina y el ánimo en sus desorganizadas columnas, comenzaron á dispersarse en grandes grupos que se internaban en los montes inmediatos, amagando á los españoles con volver á atacar la ciudad.

Un trozo de 2,000 *caxcanes* hizo el último esfuerzo para introducirse en la ciudad por el lado que les parecía más débil y accesible, aprovechándose de que en esos momentos

los españoles se ocupaban de dar alcance á los fugitivos; pero como dichos *caxcanes* fueron vistos á tiempo, se les hizo una descarga de artillería que causó terribles destrozos entre ellos, con lo cual se amedrentaron, abandonando su propósito y retirándose del campo de batalla.

Así terminó la memorable jornada del 28 de Septiembre de 1541; después de cuatro horas de reñida lucha que sembró de cadáveres las calles de Guadalajara y que puso en angustioso conflicto á sus moradores, quienes sin duda imaginaban tener ese día una muerte desastrosa, más bien que una inesperada y placentera victoria que sólo les costó la vida de un compañero, en cambio de 15,000 muertos hechos al enemigo, como dice Tello, quien hace ascender á 50,000 el número del ejército confederado,<sup>1</sup> aunque Herrera refiere que los muertos fueron mil y combatientes 16,000.

Habiendo conseguido Oñate derrotar á los sublevados y ahuyentarlos de la ciudad, se ocupó en seguida de registrar las casas á fin de imponerse de los destrozos que en ellas habían hecho. Durante ese reconcimiento se descubrió que dentro de dichas casas habían quedado ocultos muchos indios, que sin duda por estar heridos ó muy cansados, no habían podido escapar en los momentos de la derrota.

Dióse orden de reunirlos y de llevarlos á la plaza, donde sin otra fórmula y sin más proceso que la opinión de unos cuantos españoles y la tiránica voluntad del gobernador Oñate, se ejecutó la más inícuo y brutal de las sentencias, pues á algunos de aquellas miserables é indefensas víctimas les fueron cortadas las manos, á otros los piés, á otros las narices y á otros las orejas.<sup>2</sup> Pero no paró en esto la inhumana sentencia del gobernador, porque para aumentar los profundos sufrimientos de aquellos desventurados mártires del patriotismo, se apeló á otro expediente no menos inícuo y bárbaro; esto es, se les aplicó aceite hirviendo en las heridas . . . . . y para coronar aquella obra de inconcebible crueldad, se ató á las desdichadas víctimas con los grillos de la esclavitud!

Pero no sorprende tanto este inquisitorial procedimiento aconsejado por el implacable deseo de la venganza y por

<sup>1</sup> Tello, c. CXIX p. 397.

<sup>2</sup> Mota Padilla, c. XXVII, p. 136.



la plácida satisfacción y el orgullo de una victoria que tal vez se consideró verdaderamente salvadora y grande en en aquellas circunstancias.

Lo que sí parece extraño es, que aquellos religiosos, aquellos Ministros del Altar, aquellos frailes que con el Crucifijo en la mano tenían el valor de dirigirse á los bosques y á los cerros en busca de gentiles para convertirlos, en cuya noble misión sabían exponerse al martirio y á los más duros sufrimientos, no hubieran interpuesto su evangélica influencia y su cristiana abnegación para impedir que los prisioneros indígenas de quienes se viene hablando, hubieran sido tan atrozmente castigados.

Extraña es en verdad la conducta que observaron en esta vez los religiosos en Guadalajara en presencia de aquel lastimoso y horrible cuadro; á la vista de aquellas mismas víctimas á quienes se venía á librar de la tiranía, de la barbarie y de la esclavitud del paganismo; de aquellos desgarradores lamentos que podían ahorrarse con un esfuerzo caritativo del cura de Guadalajara, quien pudo hacer resonar al oído de los vencedores, la imponente voz de la religión, que tanto se preciaban de obedecer y de honrar los fieles súbditos del Rey de España!

Pero era preciso castigar á los rebeldes; era necesario apagar el grito de la libertad con los desgarradores lamentos de algunos ajusticiados; era indispensable regar con la sangre de los prisioneros el suelo que éstos se atrevían á pisar en demanda de su independencia, con el mismo valor y con el mismo derecho con que defendían su patria los inmortales defensores de Sagunto, de Numancia y de Zaragoza.

Solamente por seguir la narración histórica transmitida por algunos autores, me atrevo á consignar aquí un episodio con que la fantasía ó el fervor religioso de aquellos tiempos, contribuyó á hacer aparecer como un milagro ó como un señalado favor del Cielo, el triunfo de los defensores de Guadalajara.<sup>1</sup> Refiérese que concluida la batalla aparecieron muchos indios enemigos, paralíticos, mudos y ciegos, y que interrogados sobre la causa de estos accidentes, dijeron haber visto salir de la iglesia, en los momentos en que los invasores la habían incendiado, un ginete montado en un caballo

<sup>1</sup> Tello, c. CXIX, p. 397.

blanco que llevaba una capa escarlata, en la mano izquierda una cruz y en la derecha una espada que arojaba fuego, y que aquel guerrero con otros que lo seguían, andaba peleando con los indios y era precisamente el que había matado á muchos, inutilizando á otros, cegándolos y ocasionándoles diversos males. De aquí dedujeron los conquistadores que el que acababa de favorecerlos de una manera tan señalada y admirable, no podía ser otro que el Apóstol Santiago, aunque también se hizo partícipe de esta grande victoria al Arcángel San Miguel. Tradiciones de este género abundan en los anales de aquella época de ignorancia é inconsciente credulidad,<sup>1</sup> y de aquí es que aun en los tiempos actuales se conservan en algunos pueblos del Estado la devoción que á San Miguel, á Santiago, á la Virgen del Patrocinio y á otros santos, se les tributa en virtud de señalados servicios que prestaron á la causa de los españoles en la época de la conquista.

Por consiguiente, la gratitud de los vencedores no podía permanecer muda en presencia de un favor celestial tan inmenso como el que acababan de recibir, y por lo mismo, el gobernador Oñate, después de haber pasado lista á su gente, encontrando que sólo faltaba Francisco Orozco, después de haber dado descanso á los defensores del fuerte y de haber arreglado la vigilancia necesaria para evitar una sorpresa que aún se temía de parte de los indios, procuró cumplir con los deberes de la piedad religiosa y de la gratitud hácia sus divinos protectores, en la forma que se verá en seguida.

<sup>1</sup> Dícese que la Virgen de los Remedios se apareció favoreciendo á los Españoles en la Noche Triste en México el año de 1523.



## CAPITULO XXII.

[1541.]

Procesión pública con pendón y misa de gracias.—Juran los vecinos por patrón de la ciudad á San Miguel Arcángel.—Se procede á sepultar y quemar algunos cadáveres de los que resultaron en el combate.—Reune Oñate al Cabildo para tratar del cambio de la ciudad á otro punto.—Discusiones sobre este asunto.—Decide la cuestión Beatriz Hernández de Olea.—Se ordena la nueva fundación donde hoy está la ciudad de Guadalajara.

Al amanecer el 29, día de San Miguel, las escoltas que Oñate habia enviado de ronda á vigilar los alrededores de la ciudad rindieron su fatiga, informando que no se notaba ningún movimiento de indios y que todo estaba tranquilo; de manera que con la certidumbre de no tener enemigo inmediato que pudiera turbar la tranquilidad ó intentar un repentino asalto, se congregaron todos los vecinos, incluso los indios auxiliares y salieron en procesión á oír misa á la iglesia, llevando el pendón, una cruz y una imágen de San Miguel, que fué colocada en el altar. Ofició el Br. Estrada y después del sermón, los vecinos se acercaron al altar, jurando sobre el *Misal* tener por patrón á San Miguel, erigirle capilla y sacar por las calles anualmente el pendón de la ciudad, en memoria del triunfo que se solemnizaba.

Celebró el Cabildo una reunión con este mismo objeto y se confirmó el voto mencionado, después de lo cual el gobernador salió por las calles con el pendón seguido de toda la comitiva.—El vecindario estaba lleno de contento; las horas de desesperación y de angustia del día anterior habían desaparecido, el pánico se trocó en común regocijo, y el

consuelo y la esperanza reanimaban aquellos semblantes abatidos por el terror y las continuas vigiliias, y aprovechando aquella apacible tregua, todos procuraban reparar sus fuerzas con el descanso y el sustento que tanto necesitaban.

Pero era preciso atender á otra exigencia urgente. Los muertos que resultaron en la batalla del día anterior, yacían esparcidos ó hacinados en las calles y suburbios de la ciudad; la descomposición de esos cadáveres comenzaba á sentirse y el aspecto que ofrecían era repugnante, pues algunos de los que quedaron en los campos inmediatos habian servido de pasto á las aves de rapiña. Dejar por más tiempo aquella multitud de cuerpos abandonados á la putrefacción, hubiera acarreado funestos perjuicios á la salubridad del lugar. Dispuso, pues, Oñate que se reunieran los indios naborios ó laborios, quienes dirigidos por algunos capitanes españoles se ocupaban de recojer todos los muertos, pero como el tiempo no era suficiente á cavar zanjas para sepultarlos á todos, se practicó esta operación con algunos, pues á los demás se les quemó, dejando insepultos solamente los que se hallaban más retirados de la ciudad; por cuya circunstancia muchos de aquellos restos humanos permanecieron regados en los campos por algunos años, sin que mano alguna cristiana se tomara el trabajo de recojer ó de sepultar aquellas reliquias, que aunque procedentes de enemigos temibles y salvajes, eran al fin de seres humanos por cuyo bien temporal y espiritual tanto se interesaban los conquistadores y los misioneros.

La cremación en aquel tiempo no ofrecía seguramente ningún escrúpulo que pudiera inquietar ó poner en tortura la conciencia de los jefes españoles, cosa rara por cierto en hombres que nada pensaban ni emprendían, sin invocar antes el nombre de Dios y de la Virgen, ó sin consultar el parecer de las autoridades eclesiásticas.

Ya se deja entender que durante la operación anterior los españoles tuvieron cuidado de buscar entre los cadáveres los restos de Francisco Orozco, que fácilmente fueron reconocidos y sepultados con el cuerpo de otro español llamado Vandeseur, á quien mataron los mismos centinelas del fuerte, por efecto de una verdadera casualidad, disparándole un tiro de arcabúz en medio de la oscuridad de la noche siguiendo al día del combate.



Importantísima fué la victoria alcanzada contra un enemigo numeroso y temible; pero sin embargo de esto, ni Oñate ni otros muchos vecinos estaban ya tranquilos en la ciudad, creyendo que de continuar establecidos en ella, no cesarían los amagos ó los ataques de los indios; por cuya razón, y teniendo en cuenta otras circunstancias desfavorables que la localidad presentaba para no prometer ó garantizar las comodidades, crecimiento y seguridad indispensables, reunió el gobernador al Cabildo y á los principales vecinos á fin de exponerles la imperiosa necesidad de escojer otro sitio más á propósito para cambiar de una manera definitiva y estable, la ciudad de Guadalajara.

El discurso de Oñate en apoyo de este pensamiento no carecía de justicia, y por lo mismo, se esforzó cuanto pudo en demostrar la conveniencia de buscar mejor asiento para las familias y los intereses de los españoles. Todos los presentes le secundaron sin vacilación, y solo quedaba en pié la duda acerca de la localidad más conveniente para verificar el cambio.

Diversos eran los pareceres á este respecto y la discusión se prolongaba sin que pudiera llegarse á un acuerdo definitivo, pero Doña Beatriz Hernández de Olea, de quien ya se ha hablado ántes y cuyo carácter esforzado y varonil se hizo manifiesto en medio de grandes peligros y dificultades, dió en esta vez una nueva muestra de ese carácter, pidiendo hacer uso de la palabra para expresar su opinión acerca del punto que se discutía. El gobernador le concedió tomar asiento en aquella asamblea y Doña Beatriz comenzó por reprochar á los circunstantes su falta de uniformidad y de decisión, así como sus pueriles temores respecto á que Don Nuño de Guzmán desaprobara el cambio de la ciudad, y acabó proponiendo que este cambio se verificase al valle de Atemax. Todos aceptaron con beneplácito esta opinión y el Gobernador nombró luego en comisión á Miguel de Ibarra y á Juan del Camino, para que sin pérdida de tiempo pasaran á reconocer dicho valle, lo cual verificaron después de ocho dias de tomado este acuerdo.

Resolvióse definitivamente poblar allí, y á este propósito se procedió á repartir algunos solares y á trasladarse paulatinamente las familias que quedaban en Tonalán y Guadalajara.

La nueva fundación comenzó el 1º de Octubre de 1541 en el lugar en que hoy está la hermosa y floreciente capital del Estado de Jalisco, y concurrieron á dicha fundación 62 españoles, cuyos nombres designa Mota Padilla en el capítulo XXVIII de su *Historia de la Conquista de la Nueva Galicia*.

La construcción de la nueva ciudad se hizo bajo mejores condiciones que en los dos puntos en que antes se había edificado, y se dió cuenta al Virey del cambio que se acababa de verificar, así como de los últimos y deplorables sucesos que habían obligado á tomar tal determinación.